

Clásicos Universales

Giovanni Boccaccio

EL DECAMERÓN

VOLUMEN I



liberbooks.com

EL DECAMERÓN



Autor: Giovanni Boccaccio
Primera publicación en papel: 1352

Colección Clásicos Universales
Diseño y composición: Manuel Rodríguez

© de esta edición electrónica: 2009, liberbooks.com
info@liberbooks.com / www.liberbooks.com

Giovanni Boccaccio

EL DECAMERÓN

VOLUMEN I





ÍNDICE

PROEMIO	9
JORNADA PRIMERA	13
JORNADA SEGUNDA.....	85
JORNADA TERCERA	189
JORNADA CUARTA.....	251



PROEMIO

Aquí comienza el libro llamado Decamerón, denominado también Príncipe Galeoto, en el que hay cien narraciones, referidas en diez días por siete damas y tres mozos.

Es humano tener compasión de los afligidos; y si en cualquier persona parece esto bien, debe exigirse aún más en aquellos que necesitaron consuelo y lo encontraron en otros. Con seguridad, si alguien lo necesitó más y lo recibió con estima y placer, yo soy uno de ellos; puesto que desde mi primera infancia hasta hoy he estado encendido en un noble y puro amor, hasta el punto de que si se narrara no parecería propio de mi baja condición. Y aunque acerca de eso por los discretos se tuvo noticias, y yo fui alabado y muy bien considerado, no por ello dejé de sentir grandes fatigas, y no por crueldad de la mujer amada, sino por el violento fuego que en mi mente engendraron los más desenfrenados apetitos, los cuales no tenían límite alguno, y muchas veces me hacían sentir gran pesar. En tal retribución, los apacibles consejos de un buen amigo, junto con sus loables consuelos, tanto

mitigaron mi dolor, que tengo la firmísima creencia de que gracias a ellos no dejé de existir.

Pero si Aquel que, siendo infinito, dio por ley inmutable que todo lo mundano acabe, plúgole a Él que mi amor –aunque ferviente y sin que ninguna fuerza de duda, de consejo, o de evidente oprobio, o de peligro, pudiera romperlo o doblegarlo– terminase en el curso del tiempo debilitándose de tal manera que de él sólo ha quedado ese placer que suele dejar la pasión a quien no se arriesga a navegar por sus piélagos tenebrosos.

Por tanto, donde acostumbraba a sentir fatiga, ahora, desprendiéndome de afanes, he venido a encontrar deleite.

Pero aunque hayan terminado ya mis agobios, no por eso me olvidaré de los beneficios recibidos de aquellos a quienes por su benevolencia producían penas mis cuitas; si es como creo, no volverán a olvidárseme más, de no ser con la muerte.

Y como, por lo tanto, el agradecimiento es virtud digna de elogios entre todas, y censurable lo contrario, no quiero parecer ingrato y me he propuesto, hasta donde lleguen mis fuerzas, a cambio de aquello que he recibido y ahora que puedo valerme de mí, prestarles algún alivio; a los que me entendieran, aunque por su buen sentir, por casualidad o por su buena suerte no lo necesiten, y también, por lo menos, para aquellos que lo necesiten. Y aunque mi ayuda, consolación, o como quieran llamarle, resulte poca cosa, al menos para aquellos que están muy necesitados de ella, sin embargo debo prodigarla donde más se necesita, porque allí será de más utilidad y también tenida en más estima.

¿Y quién negará, cualquiera que sea, que este auxilio debe darse a las mujeres gentiles, antes que a los hombres?

Poseen en sus delicados pechos, gazmoñas y vergonzosas, una amorosa llama que cobra más fuerza que lo ostensible; así lo saben quienes las han saboreado y las saborean. Ocurre, además, que las mujeres dirigidas por las voluntades de los padres, madres, hermanos y maridos, no poseen libertad para elegir los placeres, y, es más, permanecen la mayoría del tiempo recluidas en el círculo reducido de sus habitaciones permaneciendo casi ociosas, deseando cosas que al cabo de media hora desprecian, y debatiéndose en pensamientos que no siempre son alegres. Y si alguna melancolía nacida de fogosos deseos acude a su mente, conviene que se guarden, si nuevos razonamientos no la expulsan. Y eso que son menos fuertes que los hombres en conformarse.

En el caso de los hombres enamorados no ocurre lo mismo, como podemos claramente observar. Estos, si están invadidos de alguna pesadumbre o pensamiento triste, poseen muchos modos de disiparlo o aliviarlo; para eso, si quieren, pueden pasear, oír y ver muchas cosas, cazar, pescar, ejercitarse en la cetrería, cabalgar, jugar y traficar... De esta manera cualquiera puede, en su totalidad o en parte, adquirir ánimos o aliviarse, al menos por algún tiempo. De tal manera, o se obtiene consuelo o se levanta el ánimo por algún tiempo.

Por lo que, para aliviar de alguna manera la falta de Fortuna donde menos pródiga resulte, como en el caso de las mujeres, y donde más avara se muestre en sus consuelos, yo, en socorro y favor de aquellas que aman (que las otras ya tienen bastante con la aguja, el huso y la rueca), me propongo relatar aquí cien novelas, fábulas, parábolas, historias, o como queramos llamarlas, referidas en diez

días en una honesta reunión de siete damas y tres hombres jóvenes, durante el pestilencial tiempo de la pasada mortandad, y algunas canciones cantadas en su dialecto por las citadas mujeres.

En estas narraciones se encontrarán placenteros lances de amor, con otros fortuitos acontecimientos, tanto de los tiempos modernos como de los antiguos. Las mujeres que esto lean podrán sacar provecho de las cosas de solaz que aquí se encuentran, y a la vez útiles consejos para conocer lo que deben rehuir y lo que deben imitar, cosa difícil, si sus ansiedades no se disipan. Si esto ocurre (¡Dios lo quiera!), den gracias al Amor, que al librarme de sus ligaduras, me ha permitido ocuparme de sus deleites.

JORNADA PRIMERA

Comienza aquí la primera jornada del Decamerón, en la que, después de exponer el autor el motivo por el cual las personas que se enumeran se reunieron para razonar conjuntamente, se habla, bajo el reinado de Pampinea, de lo que más agrada a cada una.

C uantas veces, graciosísimas señoras, pienso que todas vosotras sois piadosas por naturaleza, otras tantas comprendo que la presente obra tendrá, a vuestro juicio, un pesaroso y enojoso comienzo, como es la recordación de la pestilente mortandad pasada, universalmente dolorosa para los que la vieron o conocieron, y que llevo en la memoria por lo perniciosa y deplorable. Pero no quiero que por eso os asustéis antes de leerlo, como si siempre hubierais de discurrir, al leerme, entre suspiros y lágrimas.

Este horrible principio no será sino como para los caminantes una montaña árida y agreste, más allá de la cual se extiende un delicioso llano, tanto más agradable cuanto mayor fuera la fatiga de la subida y el descenso. Y así como al exceso de alegría sigue el dolor, así tam-

bien las miserias, al sobrevenir el regocijo, desaparecen. A esta breve tristeza (digo breve porque se contiene en pocas líneas) seguirán prestamente la dulzura y el placer, lo que os prometo de antemano, para evitar que si no os lo digo, no las esperéis. En verdad que si yo hubiera podido honestamente llevaros a lo que deseo por otro sendero menos áspero que éste, de buen grado lo hubiera hecho; pero como en él fue razón de que surgieran las cosas que se leerán, y no se podían exponer sin esta aclaración, casi por necesidad me veo obligado a escribir lo que escribo.

Y digo, pues, que los años de la fructífera Encarnación del Hijo de Dios habían llegado a mil trescientos cuarenta y ocho, cuando en la egregia ciudad de Florencia, espléndida entre todas las de Italia, sobrevino la mortífera peste. La cual, por obra de cuerpos celestes o por nuestros inicuos actos, la justa ira de Dios envió sobre los mortales, y fue originada unos años atrás en las partes de Oriente, donde arrebató una innumerable cantidad de vidas, y desde allí, sin detenerse, prosiguió devastadora hacia el Occidente, extendiéndose pavorosamente.

No valía entonces ninguna previsión ni providencia humana, como limpiar la ciudad por operarios nombrados para tal caso, ni prohibir que algún enfermo entrara en la población, ni dar muchos consejos para conservar la salud, ni hacer, no uno, sino muchos actos píos invocando a Dios, en procesiones ordenadas y de otras maneras, por las personas devotas.

En todo caso, al iniciarse la primavera del año anterior, comenzó la peste sus horribles efectos, apareciendo de una manera casi milagrosa. Pero no ocurría como en Oriente, donde el verter sangre de la nariz era signo de muerte

inmediata, sino que aquí, al empezar la enfermedad, salíanles a las hembras y a los varones unas hinchazones en las ingles y los sobacos que a veces alcanzaban el tamaño de una manzana común, o bien como un huevo, unas más mayores que otras. Vulgarmente se las denominaba bubas. Las mortíferas inflamaciones iban surgiendo por todas partes del cuerpo en poco tiempo, y seguidamente se convertían en manchas negras o lívidas que surgían en brazos, piernas y demás partes del cuerpo, grandes y diseminadas, o apretadas y pequeñas. Y así como el bubón primitivo era signo, y aún lo es, de muerte inmediata, también éranlo esas manchas. Para curar tal enfermedad no parecían servir el consejo de los médicos ni el mérito de medicina alguna, ya porque la naturaleza del mal no lo consentía, o bien, a causa de la ignorancia de los médicos (cuyo número, aparte del de los hombres de ciencia, habíase hecho grandísimo, entre hombres y mujeres carentes de todo conocimiento de Medicina), haciendo que escapase el origen del daño y el modo de tratarlo. Y así, no sólo eran raros los que se curaban, sino que casi todos, al tercer día de la aparición de los antedichos signos, cuando no antes o algo después, morían sin fiebre alguna ni otro accidente.

Esta peste cobró una gran fuerza; los enfermos la transmitían a los sanos al relacionarse con ellos, como ocurre con el fuego a las ramas secas, cuando se les acerca mucho. Y el mal siguió aumentando hasta el extremo de que no sólo el hablar o tratar con los enfermos contagiaba enfermedad a los sanos, y generalmente muerte, sino que el contacto con las ropas, o con cualquier objeto sobado o manipulado por los enfermos, transmitía la dolencia al sano.

Maravilloso sería creer lo que afirmo, si los ojos de muchos, y los míos propios, no lo hubieran visto, de manera que yo no osaría creerlo, y menos escribirlo, si mucha gente digna de fe no lo hubiese visto u oído.

INTRODUCCIÓN

Y digo que tan fuerte y poderosa fue la peste narrada, que no solamente pasaba de una persona a otra, sino que las cosas del enfermo o muerto de la dolencia que eran tocadas por animales ajenos a la especie humana, les contagiaba y aun les hacía morir en espacio brevísimo. Por mis propios ojos (como antes dije) presencié, entre otras cosas, esta experiencia un día: yacían en la vía pública los harapos de un pobre hombre muerto hacía un rato, y dos puercos, acercándose, oliéronlos y los asieron con los dientes, según su costumbre; a poco, tras algunas convulsiones, como si hubieran tomado veneno, ambos cayeron muertos sobre los mal compuestos andrajos.

Estas cosas, y otras parecidas o peores, produjeron mucho miedo e imaginaciones entre los que conservaban la vida. Casi todos tendían a un único fin: apartarse y huir de los enfermos y de sus cosas; obrando de esta manera creían mantener la vida. Algunos pensaban que vivir moderadamente y guardarse de todo lo superfluo ayudaba a resistir tan grave calamidad, y así, reuniéndose en grupos, vivían alejados de los demás, recogiéndose en sus casas, recluyéndose en los sitios donde no había ningún enfermo, y disfrutando de la música y otros sensatos placeres que tenían a la mano. Otros, de parecer contrario, pensaban

que gozar, beber mucho y vivir solazándose, satisfaciendo todos los apetitos que tenían a su alcance, riendo y mofándose, era la medicina precisa contra el mal. Y lo que pensaban, poníanlo en práctica según sus medios; se pasaban el día y la noche de taberna en taberna, bebiendo sin parar y excediéndose en todo lo que les agradaba. A esto podían entregarse con ligereza, ya que todos (como si no fueran a seguir viviendo) habían dejado sus negocios en el abandono, y la mayoría de las casas eran del dominio común, utilizándolas los extraños como si fueran los propios dueños. Y con esta extraña conducta, siempre se apartaban de los enfermos.

En nuestra ciudad había tanta aflicción y miseria, que la suprema autoridad de las leyes, tanto divinas como humanas, decayó y desapareció totalmente, porque los ministros y ejecutores de ellas, como los demás hombres, habían muerto o enfermado; o bien alejáronse de tal modo con sus familias, que no podían cumplir oficio alguno, por lo que resultaba lícito ejecutar lo que antojara a cada uno. Había un término medio de gentes que no se recluían en sus viviendas, como los primeros, ni tampoco hacían excesos de bebida y otros placeres, como los segundos, sino que, por el contrario, usaban según su apetito de los placeres en cantidad suficiente, y no apartándose, sino andando con flores en las manos y con hierbas aromáticas y con diversas clases de especias. Olían de vez en cuando estas cosas, pensando que era bueno aromatizar el cerebro con tales perfumes, a fin de combatir el aire, fétido y maloliente por los cadáveres, la enfermedad y los medicamentos. Otros tenían más crueles sentimientos (como si ello fuera más seguro), y decían que no había

mejor medicina contra el mal que evadirse de él. Y con este argumento, sin pensar en nada ajeno a ellos, bastantes hombres y mujeres salieron de su propia ciudad, abandonando sus casas, sus parientes y sus enseres, para buscar en campos ajenos, o propios, el medio donde la ira de Dios, al castigar la iniquidad de los hombres con aquella peste, no alcanzara, sino que solamente oprimiera a los que permanecían dentro de los muros de la ciudad, como si ninguna persona debiera permanecer en ella por temor a que le llegara su última hora.

Y puesto que los que opinaban tan disparatadamente no todos morían, ni tampoco se salvaban todos, sino que, enfermando muchos en diversos lugares, ellos, que habían sido ejemplo mientras estaban sanos, eran también abandonados y morían en solitario. De más está decir que cada ciudadano rechazaba al otro, y que casi ningún vecino se preocupaba de los demás, y que la propia familia no se visitaba, por lo menos asiduamente. Esto era resultado del espanto producido por aquella enfermedad; el hermano abandonaba al hermano, el tío al sobrino, la hermana al hermano, y a menudo la mujer al marido; y (lo que es más grave, y casi increíble) los padres y las madres procuraban no visitar ni atender a los hijos, como si no fuesen suyos. Por todo esto, siendo incalculable la multitud de hombres y mujeres que enfermaban, no tenían más remedio que recurrir a la caridad de los amigos (de los que había pocos) o a la avaricia de los sirvientes, los cuales exigían grandes salarios y ventajosas condiciones. Con todo no había muchos, y los que había eran hombres y mujeres de rudo entendimiento y no acostumbrados a tales menesteres. Generalmente sus servicios consistían en entregar

a los enfermos lo que les pedían, o en asistir a su muerte; algunas veces, ocupados en tal faena, en lugar de ganar, perdían. Y al ser abandonados los enfermos por sus vecinos, parientes y amigos, y al haber escasez de sirvientes, ocurrió el hecho casi inaudito de que, cuando una mujer, por gallarda, bella o gentil que fuese, enfermaba, no se recataba, al tomar a su servicio un hombre, joven o no, de mostrarle sin ningún pudor ciertas partes de su cuerpo, como lo hubiera hecho con otra mujer, si la necesidad de su mal se lo exigía. Tal hecho, entre las que curaron, contribuyó a que fueran menos honestas posteriormente.

Aparte de esto, siguió la muerte de muchos que se hubieran salvado de ser atendidos, por lo que, entre la escasez de servicios que padecían los enfermos, más la fuerza de la peste, en la ciudad aumentaba el número de muertos hasta el punto que asombraba oírlo decir, y más presenciarlo. De tal manera, casi forzosamente, surgió entre los ciudadanos que permanecían vivos hábitos contrarios a sus anteriores costumbres.

Era de rigor, como ocurre hoy, que las mujeres, parientas y vecinas, se reunieran en la casa de un difunto con las allegadas del mismo, mientras delante de la casa mortuoria se juntaban los vecinos y numerosos ciudadanos con los deudos del finado. Seguidamente venían los clérigos, según el rango del muerto, que llevado a hombres, con funeral de pompa y cánticos, era conducido a la iglesia elegida por él mismo antes de morir. Estas cosas, al empezar a crecer el rigor de la peste, cesaron del todo o en su mayor parte, ocurriendo otras nuevas. Ahora no solamente morían los hombres sin estar rodeados de mujeres, sino que morían sin testigos, siendo muy escasos los

que podían gozar de piadosas lamentaciones y amargos llantos. Por el contrario, los sobrevivientes se entregaban a risas y bromas y diversas algaradas, costumbre que muchas de las mujeres, abandonando Su femenina devoción, aprendieron a la perfección, en favor de su salud. Apenas había cadáveres que fueran conducidos a la iglesia con más de diez o doce acompañantes; no se trataba ya de apreciados e ilustres ciudadanos, sino de una especie de desaprensivos de baja ralea, que se hacían llamar faquines, los cuales se buscaban entre la gente vil. Eran pagados por sus servicios, que consistían en transportar el ataúd, que con pasos presurosos era conducido, no a la iglesia que el difunto hubiese dispuesto en vida, sino generalmente a la más cercana; detrás llevaban, con pocas velas y a veces ninguna, cuatro o seis clérigos, que, con ayuda de estos faquines, y sin molestarse en exequias largas y solemnes, mandaban colocar el féretro en la sepultura vacía que encontraban más a mano. La gente modesta, y mucha de clase media, sufría mayor miseria, porque la mayoría, retenidas en sus casas por la esperanza o la pobreza, y sin salir de sus vecindades, enfermaban a millares a diario; y al no ser atendidos ni servidos en cosa alguna, morían irremediablemente. Muchos finaban de noche o de día, en plena calle, y otros muchos, aunque pereciesen en sus casas, lo notificaban a sus vecinos con el hedor de sus cuerpos corruptos. Había abundancia de éstos y de los otros.

Muchos de los vecinos tomaron una costumbre, más por el temor de que la corrupción de los muertos les perjudicara, que por caridad hacia los difuntos. Esta costumbre consistía en que ellos y algunos de los portadores sacaban de sus casas los cuerpos de los fallecidos, colocándolos

ante el umbral de sus puertas, donde generalmente por la mañana podían verse en gran número por los que pasaban por allí. Luego hacían venir ataúdes, y por ser tan excesivo el número de muertos, debían colocarlos sobre una tabla. Además, no era raro que en un solo ataúd juntaran dos o tres muertos a la vez. A veces una misma caja sirvió para la mujer y el marido, o para dos o tres hijos, o bien para el padre y el hijo. Los sacerdotes se encontraban con que dentro de un entierro, se les añadían dos o tres ataúdes llevados por faquines, y creyendo acompañar a un solo muerto, lo hacían para siete u ocho, o tal vez más. No eran honrados con lágrimas, cirios ni compañía, debido a la magnitud del acontecimiento, y lo mismo se cuidaban de la gente que moría, que se cuidarían de una cabra. Quedó de manifiesto que si el curso natural de las cosas no había podido, con los raros males, demostrar a los doctos la necesidad de desplegar gran paciencia, en cambio se consiguió cambiar a los más simples, transformándolos con la magnitud de los males sufridos, en más ocurrentes y despreocupados. A la vista de la cantidad de cadáveres que día a día y casi hora a hora eran trasladados, no bastando la tierra santa para enterrarlos, ni menos para darles lugares propios, según la antigua costumbre, debían aquéllos colocarse en el cementerio de los templos, que estaban llenos de fosas grandísimas donde colocaban a centenares de los recién llegados,, tirándolos como mercancías, muy juntos y con poca tierra encima, hasta llegar a la superficie.

Y para no entrar en más particularidades sobre estas miserias acaecidas en nuestra ciudad, digo que, transcurriendo en ella tan infames tiempos, no por eso se libró la

campiña colindante, en la que, dejando aparte los castillos, semejantes dentro de su pequeñez a la ciudad, en los pueblecitos y tierras dispersas, los míseros y pobres labradores, juntamente con sus familias, carecían de servicio médico alguno y de la ayuda de los servidores, y morían de día y de noche indistintamente, en las casas, caminos y predios, más como bestias que como hombres. Por tal motivo se convirtieron, como los ciudadanos, en cínicos y despreocupados de sus haberés, no ocupándose de ninguna cosa. Todos, de este modo, parecía que se cuidaban sólo de aguardar la llegada de la muerte, desentendiéndose de los futuros frutos de los ganados y de la tierra, y de sus pasados sudores, esforzándose únicamente en consumir lo que tenían a mano. Esto originó que los bueyes, asnos, ovejas, cabras, puercos, gallinas, y hasta los perros, siempre fidelísimos a los hombres, viéndose expulsados de las viviendas, anduviesen vagando por los campos, donde crecían las mieses sin ser segadas. Y muchas bestias, como si fueran racionales, después de pacer a su gusto durante el día, regresaban por la noche a sus casas, sin ningún pastor que las guiase. Sin más que decir (dejando la campiña y volviendo a la ciudad), sino que fue tanta y tan grande la crueldad del cielo, y quizá la de los hombres, que desde marzo a julio siguiente, a causa del poder de la pestilencia eran muchos los enfermos necesitados y, a la vez, abandonados, por el miedo de los sanos. Créese que alrededor de unos cien mil seres humanos perecieron dentro de los muros de la ciudad de Florencia, en donde antes de la mortandad no se creía que hubiese tantos moradores. ¡Oh, qué de grandes palacios, cuántas hermosas casas, cuántas nobles mansiones, antes pletóricas de familias,

de señores y de damas, quedaron vacíos hasta el último de sus sirvientes! ¡Y qué de memorables alcurnias, qué inmensas herencias, cuántas riquezas famosas quedaron sin su legítimo heredero! ¡Cuántos hombres valerosos, y bellas mujeres, y bizarros jóvenes que Galeno, Hipócrates y Esculapio hubiesen juzgado rebosantes de su salud, desayunaron por la mañana con sus familiares y amigos, para a la noche siguiente cenar con sus antepasados!

A mí mismo me repugna narrar tantas calamidades, por lo que dejando de lado aquella parte que sin escrúpulos puedo dejar, diré que hallándose en esta situación la ciudad, medio despoblada, ocurrió como por persona digna de fe pude averiguar, que un martes por la mañana, en la venerable iglesia de Santa María la Nueva, casi vacía, se encontraron después de oír los divinos oficios, con las ropas de luto que las circunstancias imponían, siete mujeres jóvenes conocidas y amigas. Ninguna tenía más de veinticinco años y menos de dieciocho, siendo todas ellas discretas, de sangre noble, bellas formas, decorosas costumbres y honradamente vivaces. Yo diría sus nombres si una justificada razón no me lo impidiera. La razón es la siguiente: que por explicar y escuchar las cosas que luego siguen, pudiera alguna de esas damas avergonzarse en lo futuro, ya que hoy las leyes restringen los placeres un tanto más que antes, cuando, por los motivos y causas ya especificados, había mucha licencia, no sólo para la edad de las referidas jóvenes, sino en otras más maduras. Tampoco quiero dar materia a los envidiosos, dispuestos siempre a mancillar toda vida loable, ni disminuir en nada la honestidad de tan meritorias mujeres, con necias habladurías. Y por esta razón, y para que lo que cada uno dijo

se pueda comprender sin confusión, me propongo darles nombres apropiados, en todo o en parte, a sus calidades respectivas. A la primera y de más edad la llamaremos Pampinea; a la segunda, Fiammetta; a la tercera, Filomena; a la cuarta, Emilia; a la quinta, Laurita; a la sexta, Neifile, y a la última, no sin motivos, Elisa. Las cuales, no impelidas por previa determinación, sino hallándose casualmente en la iglesia, formando corro, después de muchos suspiros, dejaron sus padrenuestros y empezaron a hablar sobre los tiempos que corrían y sobre otras cosas; pasado un momento, y viendo que las demás callaban, Pampinea comenzó a hablar así:

—Vosotras, queridas mías, habréis podido oír, como yo, que a nadie ofende quien honradamente usa de su razón. Natural razón es que cada uno que nace intente defender y conservar su vida en cuanto puedan sus fuerzas. Ha de admitirse esto hasta el punto de que a veces, por defenderla, se han causado muertes de hombres sin ninguna intención. Si las leyes autorizan esto, cuyo cumplimiento lleva consigo el bienestar de los hombres, resultará más honrado que nosotras y cualquier otra, sin ofender a nadie, pongamos los remedios que podamos para conservar nuestra existencia. Haciendo un examen de nuestra conducta de esta mañana y de otras mañanas, y analizando nuestros pensamientos, llego a la conclusión, cosa que haréis cada una de vosotras, de que hemos de preocuparnos de nuestra propia vida. No me maravillo de ello, pero sí lo hago de que, si es que nuestros sentimientos son femeninos, no intentemos hallar salida para lo que a cada una amedrenta. Opino que nuestra permanencia en este lugar se prolonga hasta el extremo que parecemos cuidar

los cadáveres sepultados, o bien atender a los frailes, cuyo número es ya reducido y necesitan cooperación, o mostrar a cualquiera que venga, por medio de nuestros ropajes, la calidad y cantidad de nuestras miserias. Si, por el contrario, salimos de aquí, por todas partes hallamos la visión de enfermos y cadáveres; encontramos a los que por sus delitos la autoridad condenó al destierro, pero que han escarnecido a sus ejecutores por estar éstos ya muertos o enfermos, y que recorren el país con ímpetu avasallador. Encontramos también a la hez de nuestra ciudad, que con el nombre de faquines se alimenta de nuestra sangre, y despreciandonos, lo invade y mancilla todo, criticando nuestros males con deshonestas canciones. Solamente se oye decir «éste ha muerto», o «aquél está expirando», y más dolorosos llantos escucharíamos si hubiera quien los vertiera. Al regresar a nuestras casas, ignoro si a vosotras os ocurre lo que a mí; no encontramos en ella, de una numerosa familia, más que a una criada. Esto me produce pavor y se me erizan los cabellos, y al permanecer en mi morada, me parece encontrar las sombras de los que han muerto ya, con rostros horribles que no sé de dónde les vinieron, pero que no son los suyos y me aterran. Por todo ello, me encuentro mal en todas partes, aquí y fuera, y mucho más ahora; por lo que me parece que, aparte de nosotras, ninguna cuyo corazón late, y que puede moverse, permanece aquí. He visto y notado muchas veces, si no todas, que la demás gente, al no distinguir entre lo bueno y lo malo, solos y acompañados, de día y de noche, a la sola llamada de sus apetitos, hacen cuanto se les antoja. Me refiero también a las personas recluidas en los monasterios, quienes creen que les conviene lo que prac-